

A black and white photograph of a woman's face and hand. The woman's face is in the upper left, with her eyes closed and a serene expression. Her skin is covered in numerous small, white, circular dots, resembling polka dots or body paint. Her hand is positioned in the lower right, with fingers slightly curled. The hand also features white polka dots, and a prominent white vertical stripe runs down the back of her hand and wrist. The background is dark and textured, with more white dots scattered throughout.

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

BEA

TERRY MASTERS



Capítulo 1

Era una mujer sencilla, de unos 55 años. Su madre estaba casada con un marinero que no regresó de la guerra y, como hija única, creció bajo la calidez de su atención. La pérdida de un padre al que apenas conocía la perturbó solo por la reacción de su madre y los cambios que le siguieron. Su madre pronto se volvió a casar con un hombre muy diferente, pues sentía que no podía ser demasiado exigente.

Su madre pronto se quedó embarazada, nació un hermanito y, al año siguiente, otro. A los doce años, Jessie se convirtió en niñera de un hermanito que ya tenía la mirada de su padre y su desprecio por todas las mujeres. Jessie era una carga para su padrastro, que ahora soportaba a regañadientes, pero esa "niña de otro" sí tenía sus utilidades y mantenía sus atenciones hacia ella principalmente paternas, pero su hostilidad hacia él nunca había disminuido. Ayudada por su temperamento y su firme creencia en el castigo corporal, una política que su madre aceptaba estoicamente cuando se aplicaba a su propio trasero, había llegado a odiar al hombre con un fervor silencioso. Su hijo era su única válvula de escape.

Heredó el trabajo cuando su madre fue al hospital por el difícil parto de una hija enferma. ¡Era la única que quedaba para cuidar de la casa! Justo al comienzo de las vacaciones de verano, todo su esperado y hermoso verano se esfumó con la visita de su madre al hospital. Sin embargo, lo que regresó del hospital fue una mujer agotada, un bebé difícil y sin tiempo que perder. La niña de los ojos de su padre se resistía a ser entrenada y, más por inexperiencia que

por temperamento, no ayudó en nada. De alguna manera, todo se convirtió en su culpa y cada vez que él tenía un accidente, ella recibía una paliza.

Finalmente, se fue de casa y se casó con un hombre mucho más obediente, y juntos criaron dos hijos. Pero la gente se distancia y, después de treinta años, se separaron: él por su nuevo amor, ella por una libertad que no echaba de menos. Había estado demasiado ocupada y había sido demasiado responsable en el vacío que se había visto obligada a crear en sus vidas juntos.

Como en algunas parejas casadas, su vida sexual se había deteriorado hasta convertirse en ocasionales accesos de pasión estridente, y la ternura había desaparecido hacía tiempo. Él tenía predilección por el abuso, y ella, un gusto más serio por el abuso. Las pocas sesiones que le concedía se habían vuelto demasiado sosas para su libido en degeneración, y se había refugiado en los brazos de una pareja más calculadora. Una que no se involucrara tanto en sus deseos pervertidos y que pudiera priorizar su placer. Al final, no hubo competencia. Él se quedó con su pensión mientras que ella con la casa, y en definitiva, fue un reparto equitativo.

La conocí gracias a un anuncio en el periódico local. Yo necesitaba una niñera, y ella necesitaba un trasero al que azotar, y yo era justo el bebé que le daba todas las razones para hacerlo. Jessie había trabajado a tiempo parcial como auxiliar de enfermería en una guardería local para jóvenes con trastornos emocionales; algunos de estos niños eran incontinentes voluntariamente y le irritaba mucho verlos salirse con la suya tanto que una buena nalgada habría solucionado. Finalmente, su disgusto por la actitud de todo el proceso la hizo dimitir. Renunció cuando la palma de la mano le picó demasiado como para negarse. Por mi parte, había tenido varias parejas dispuestas a participar o simplemente a consentir mi fetiche por los pañales, Jessie fue la primera en tener ideas claras sobre

cómo se debía tratar a bebés grandes como yo. Acostumbrada a llevar la voz cantante, resultó ser una grosería la primera vez que fingí un "accidente".

Nuestras conversaciones iniciales fueron por teléfono y, para nuestra primera reunión, cada uno tenía una idea bastante clara de qué esperar. Por mi parte, llevaba lo más parecido a unos pantalones de entrenamiento, bastante discretos incluso cubiertos por pantalones de goma, pero bastante efectivos para un uso limitado. Empaqué varios pañales y pantalones de bebé, incluyendo un par de pantalones bombachos de goma ajustados con los que siempre había fantaseado con que me azotaran, e incluían una paleta, una correa y un juego completo de ataduras. Decir que estaba nervioso cuando llegó el momento de irme es quedarse corto.

Habíamos acordado encontrarnos en terreno neutral y, como ninguno de los dos nos habíamos visto, se estableció un sencillo mecanismo de reconocimiento mutuo. Yo llevaba una pañalera grande y repleta; ella dijo que la reconocería por su cuero.

Llegué temprano al centro comercial, pero me quedé en el coche con serias dudas sobre lo que me esperaba. No tenía ninguna duda de que entraría y llegaría puntual al lugar indicado, y esa niña traviesa que llevo dentro ya se había encargado de que no solo estuviera mojada, sino que un buen trozo de caca delataba mis modales infantiles a cualquiera que tuviera un olfato que lo notara. Había estado vigilando la entrada más cercana al punto de encuentro y vi a algunas candidatas que bien podrían haber sido ella. Algunas me asustaron y dudé hasta el último momento antes de entrar corriendo y sentarme nerviosa en el banco. Tenía que compartirlo con una madre de dos niños pequeños, inquietos y curiosos.

Poco después de mi llegada, inspeccionó conspicuamente los pañales del pequeño, levantándose el vestido y mirándose el trasero por la pernera de sus bragas de plástico. Al no encontrar el origen del olor, le preguntó al mayor por haberse ensuciado los pantalones. Él

lo negó y dijo que yo era la que tenía los pantalones sucios. La señora se disculpó nerviosamente y, decidida a darle una lección a su hijo, le bajó los pantalones y le dio la vuelta a la parte trasera de los pantalones de entrenamiento. No había ningún problema; él estaba llorando y proclamando a gritos que era yo la que tenía los pantalones sucios. Para entonces, yo estaba furiosa y buscaba desesperadamente a Jamie. Quería huir, pero no quería perderme la cita. La madre, ofendida, miró fijamente mi bolsa de pañales y, recogiendo a su hijo, sugirió que alguien le cambiara los pantalones y, con una mirada de disgusto, se marchó.

Jamie ya llevaba diez minutos de retraso y la vergüenza del encuentro aún me hacía temblar por dentro, pero estaba decidida a aguantar al menos diez minutos más. A pesar de mi constante vigilancia, nadie, salvo los comerciantes que rondaban por la zona, se acercaba a lo que esperaba. Mi puesto, asignado por Jamie, estaba frente a una tienda de ropa de mujer y la dueña se había puesto a unos tres metros de mí. La pillé mirándome varias veces y cada vez que la miraba, ella me devolvía la mirada hasta que yo apartaba la vista.

Su mirada no era hostil, pero tampoco alentadora. Simplemente parecía divertida por mi evidente incomodidad, y aparte de que trabajaba allí, era una buena candidata, vestida como estaba con una falda y un chaleco de cuero negro. Finalmente, desesperada, asumí que me habían dejado plantada y me levanté para irme, reacia a aceptar la decepción. Sentí que nos habíamos entendido y que ambas éramos lo suficientemente maduras como para no jugar a esos juegos. La curiosa dueña estaba ocupada con un cliente y, tras echar un buen vistazo a mi alrededor, empecé a caminar lentamente hacia mi coche, mojándome un poco los pantalones.

Aunque no lo hago muy a menudo, me gusta cagarme en público, sin que se note demasiado, y evito estar cerca de la gente, pero es emocionante hacer caca en los pantalones. Ya pagué el precio

de la vergüenza. Si no fuera por la rigidez de la reunión sobre "dónde y cuándo", ni siquiera me habría acercado a esa señora y sus hijos. ¡Menuda pesadilla, la peor situación posible! No reconocí a nadie por los alrededores, y con suerte, nadie me reconoció a mí. Me había tomado el día libre y aún eran solo las 10:30, así que el lugar no estaba tan lleno, pero ¿de quién era la esposa? Esa señora podría aparecer como una pesadilla, ya que este no es un pueblo tan grande.

Sí, ya había pagado suficiente y la perspectiva de verla aparecer más tarde en algún evento social me ponía francamente nervioso. Sacaría el máximo provecho de esta situación. Me había expuesto innecesariamente a la incomodidad de una señora, por no hablar de su hijo, y me planté, algo que a nadie le gusta.

Este fue un sueño hecho realidad que se había convertido en una pesadilla. La tienda de ropa para bebés tenía un buen escaparate de ropa infantil con volantes que, por desgracia, no está disponible en mi talla, y un maniquí con un pañal de algodón estampado que, por suerte, sí. Me detuve a admirar la ropa de mariquita y, mientras lo hacía, me llené los pantalones sin hacer ruido. Todo mi dolor y frustración subieron por mi trasero y luego se precipitaron a la entrepierna de mis pantalones de entrenamiento empapados, cuyo trasero ahora se hundía de forma alarmante. Estaba herida y no me importaba quién lo supiera, pero cuando una mano fuerte me agarró con fuerza el brazo y una voz fría me ordenó al oído, se me encogió el corazón.

No entendí una palabra hasta que un tirón fuerte me lanzó en dirección a la ropa de mujer, Jessie me llevaba a remolque, ella era esa vendedora que tanto había disfrutado de mi tormento. ¡No podíamos encontrarnos así! ¡Estaba hecho un desastre total! Saliendo de mi estado de ánimo y de repente consciente del desastre en el que estaba metido, pude ver algunas caras de asombro mirándome mientras me metían a empujones en una tienda como a un ladrón común. El único camino que podía seguir era hacer el

menor alboroto posible, pero eso solo me hundió más, tuve que ponerme al cuidado de una mujer que se había quedado parada observándome retorcerme durante media hora. Mientras me llevaba, todavía con ese agarre en mi brazo, a la parte trasera de su tienda, su dependiente me sonrió y luego cogió el teléfono.

Jessie me empujó a un pequeño probador que tenía un banco de vinilo de un metro de alto en un extremo. Me giró para mirarla, me obligó a arrodillarme y me tomó la cara con ambas manos.

“Sabía que ibas a ser un problema, pero esto es demasiado. Necesitas que te enseñen una lección, una que no olvidarás pronto y yo soy la chica indicada para enseñártela. No puedes ir a ningún lado así y eso es mucho más desastre del que se puede arreglar aquí. Empacaste algunos pañales en esa pañalera, ¿verdad?” Asentí con la cabeza tontamente. “Bueno, querías que te cambiaran los pañales y esa es la única manera de lidiar con el desastre que has armado. Bájate esos pantalones para que pueda cambiarte”. Tomó la pañalera de mis manos sin resistencia. Aturdida, no me había movido cuando se dio la vuelta después de cerrar la puerta. Me miró a los ojos hasta que bajé la mirada, luego me abofeteó y me puso de pie. “Te dije que te bajaras esos pantalones. Ya estás en suficientes problemas como para que no quieras que se manchen, ¿verdad?”

Me apresuré a obedecer, pero en cuanto me bajaron los pantalones y me puse de pie sobre una pierna, agachado para bajarme la cremallera de la bota, me empujó hacia arriba y hacia atrás, sentándome en el banco. La fuerza y el ángulo de mi aterrizaje movieron lo que parecía ser todo el contenido del trasero de mis pantalones a través de la entrepierna y por todo el pecho. No me atreví a cerrar las piernas por miedo a dónde más se iría esa marea marrón.

Me levantó la camisa y me obligó a tumbarme de lado, lo que me permitió levantar los pies para quitarme las botas y los pantalones. Me giró boca arriba y me hizo levantar el trasero para

bajarme con cuidado las bragas de goma. Tenía manchas marrones en los muslos y manchas en las pantorrillas, pero me las quitó, las dobló en un pequeño y ordenado paquete y las guardó en el compartimento de pañales sucios, forrado de plástico, de mi pañalera. Mientras rebuscaba en la pañalera, sacando un pañal grande y unas bragas de plástico limpias, su asistente, Bea, llamó a la puerta.

"Es personal de seguridad, señora. Quieren hablar con usted. Alguien la vio abordándolo y quieren asegurarse de que todo esté bien. Lo vigilaré si quiere, mientras habla por teléfono.

—Está bien, Bea, puedes cuidarlo, pero te costará. Trae toallitas húmedas y el cubo de basura del baño y mira qué puedes hacer con el desastre que tiene en las piernas. —Terminó de desdoblar el pañal y me hizo levantar las piernas mientras lo deslizaba debajo de mi trasero.

Si eres la mitad de inteligente de lo que creo, harás todo lo posible por portarte bien con Bea. Ella usará cualquier excusa que le des para darte una paliza, y pienso dejar que se salga con la suya.

Bea entró en la habitación y, con un gesto de la cabeza, Jessie salió a hablar con el hombre. Bea se acercó y cogió la pañalera. Al ver las ataduras, las sacó con alegría y me las puso en las muñecas. Inspeccionó la correa y la paleta y las colocó en el banco, donde estaban a mano. Me separó las piernas, tomó la parte delantera del pañal limpio y empezó a frotar las manchas de mis muslos. No fue muy efectivo, así que ajustó el pañal lo más fuerte que pudo, justo encima de mis calzoncillos de entrenamiento, que estaban pegajosos. Con una toallita húmeda, limpió rápidamente el resto del desastre que no cubrían los pañales. Bea vació la pañalera y revisó los calzoncillos de bebé; los pantalones bombachos de goma color ámbar le llamaron la atención, y al levantarlos para verlos mejor, reconoció con picardía mi vergüenza.

Jessie les va a dar mucho uso cuando te lleve a casa, así que más te vale estar preparada. En cuanto te los ponga, los tendrás sobre las rodillas y te sentirás muy abrigada. Con suerte, podrás sentarte una semana. Examinó los otros pares y, para cuando Jessie regresó, Bea ya me había puesto mis pantalones de bebé plastificados y me estaba poniendo los pantalones.

Veo que ya lo has vestido. Iba a dejar que le dieras una palmada en el trasero por ser tan travieso, pero supongo que tendré que hacerlo yo. Puedes encargarte de la tienda mientras yo me ocupo de él en casa. Me levantó, tomó la cadena de la cintura y le ajustó las esposas mientras Bea terminaba de vestirme.

¿Viste esos preciosos pantalones bombachos de goma que tiene? Son perfectos para azotar traseros sucios. Bea se los pasó a Jessie, quien los sacudió y los levantó frente a mi cara.

Creo que espera que le ponga esto y luego le dé una buena nalgada. Bueno, no se decepcionará, pero sí podría sorprenderse un poco. Será mejor que también uses las trabas; no queremos que piense que puede evitar lo que se le viene encima, ¿verdad?

Tomó la pañalera, lo empacó todo y me la entregó. Me sujetó el brazo con la misma firmeza que antes y esperó mientras Bea terminaba de atarme los tobillos. Me habían dejado la bragueta abierta a propósito; mis pantalones de bebé y los pañales abultados hacían que todo se viera claramente, enmarcados por el asa de la pañalera. Encadenada como una ladrona y expuesta como la bebé que soy, Jessie me acompañó fuera de la parte trasera de la tienda y me abrochó bien el cinturón en su coche.

Capítulo 2

Arrancó el coche pero sin poner ninguna marcha, puso un concierto para piano de Rachmaninov y se giró para mirarme.

Esto es lo que hemos hablado, pero no creo que sepas realmente el significado de la palabra "sumisión". Te llevaré a tu coche y ahí se acabó, o puedes entregarte a mi cuidado. Sin discusiones, sin insolencias, sin indirectas. Tu trasero es mío, cariño. Para hacer contigo lo que crea conveniente. No te gustará todo lo que hago, pero saciarás tu curiosidad sobre toda esta escena.

Buscó en el asiento trasero y sacó un biberón enorme, en realidad un comedero para cerdos, pero en realidad era como un biberón gigante. Burbujeaba seductoramente y él se preguntó qué contendría.

Sosteniéndolo frente a mi boca y provocándome con él, continuó: «Si tienes las agallas de aguantar esta marea, saldrás de ella siendo otra persona. Toma el chupete y serás mía. Espera demasiado o date la vuelta y podrás irte a casa. Sin resentimientos, no tiene sentido seguir».

Nos sentamos allí, cara a cara, ella con la sonrisa enigmática que ya reconocía de la espera en el banco del centro comercial. Durante todas esas horas de conversación telefónica, nos conocíamos muy bien. Era una persona en la que podía confiar, no dominar, solo confiar. Por primera vez en mi vida, cedí consciente y deliberadamente. Abrí la boca. Me hizo perseguirlo un poco, pero me metí en la boca todo lo que pude de ese pezón enorme, pero debido a la cadena de la cintura en las esposas no pude sujetarlo y sacar nada al mismo tiempo. Gimoteé y la miré dolido, intentando encorvarme en el asiento.

Ella rió, se inclinó sobre mí y reclinó el asiento del copiloto al máximo. Mientras nadie me mirara directamente, estaba a salvo, tumbado allí, contento, mojado, sucio y amado. Bueno, al menos,

deseado. Tenía razón. No sabía el significado de la sumisión, pero estaba seguro de que lo descubriría. Esa misma tarde.

Es difícil saber adónde vas cuando vas boca arriba en el asiento del coche. Lo había olvidado y, mientras ella conducía, pronto me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba. Quizás era la botella, pero no me importaba. Me alegré de que los asientos fueran de vinilo porque sabía que se me iban a mojar los pantalones.

Pero ese ya no era mi problema. Mientras yacía allí, sorbiendo con satisfacción lo que resultó ser una especie de zumo de frutas, mi cuerpo decidió hacer espacio. Por suerte, el asiento no se reclinaba del todo y, arqueando un poco la espalda, me aseguré de que la mayor parte de mi orina caliente goteara y luego se convirtiera en un torrente, deslizándose por la entrepierna y, al enfriarse, extendiéndose lentamente por mi trasero y subiéndolo. El peso de mis pañales empapados y goteando ahora era diferente. Cada sacudida y movimiento me provocaba una oleada de sensaciones en el sexo. Los pañales, tan pegajosos, ahora bien lubricados, cobraron vida propia. Estaba en un dilema. La cadena de la cintura no tenía suficiente holgura para que pudiera alcanzar los pañales y también sujetar el biberón. Me aparté de ella lo más discretamente posible hasta que el biberón descansó en el asiento y tuve las manos libres para... intentar cubrirme los muslos, agarrar el biberón o lo que fuera. Me había pillado y, al parecer, no iba a dejarme masturbarme. Las fuertes bofetadas y su mano firme, que se posaba sobre mi espalda, no necesitaban intérprete para decirme *que no me tocara*.

Pensé en incorporarme cuando se detuvo, pero me puso la mano en el pecho y me dijo que me quedara ahí tumbado. Dondequiera que se detuviera, no era una calle concurrida. Se desabrochó el cinturón de seguridad, se dio la vuelta y volvió a rebuscar en la bolsa de la que había sacado la botella. Sacó una correa corta para perro y un collar ancho con cierre. Sin decir palabra, me puso el collar, con la correa ajustada para mantener mis manos por

encima de la cintura. Tomó mi bolsa de pañales, sacó la correa y la colocó junto a mi asiento, luego se dio la vuelta y reanudó la marcha. Unos minutos después, accionó el portón y entramos en un garaje oscuro, donde la puerta se cerró con firmeza.

Recuerda, nada de discusiones, insolencias ni indirectas. Quédate ahí hasta que esté listo para ti.

Dicho esto, salió del coche y entró en casa, dejándome con mi biberón, que aún estaba medio lleno. Regresó al instante con un grueso cambiador en la mano. Después de soltarme el cinturón de seguridad y quitarme el cinturón, me hizo levantar las caderas para poder bajarme los vaqueros, ahora empapados, y ponérmelos debajo. Me quitó la cadena de los tobillos y me quitó los zapatos y los pantalones, dejando los calcetines blancos en su sitio. Luego, me subió el cambiador entre las piernas y lo sujetó firmemente a la camisa, cubriendo así mis ya abultados pañales. Volvió a cerrar los puños, dejando casi nada de holgura, quizá solo quince centímetros. Sin duda, sería un paso de bebé si no fuera solo gatear. Me puso de pie y cogió la pañalera junto con el resto de las cosas de detrás de su asiento. Luego, con el biberón agarrado con la misma firmeza en el brazo, me hizo entrar en casa, soltándome solo para darme la pañalera. Ella tomó la correa y la aplicó a la parte posterior de mis muslos separados para apresurarme en mis pasos torpes mientras me conducía por un pasillo corto hasta una habitación pequeña.

Aparte de tres estrechas claraboyas, no había ventanas. Una gran cama alta se alzaba en una esquina, y una robusta silla de respaldo recto y una cómoda amplia ocupaban el resto de ese lado. El otro lado de la habitación me hizo reflexionar. La habitación estaba dividida por una robusta valla de alambre con una puerta con cerradura.

El corral —y era evidente para qué servía esa jaula— estaba acolchado con una estera resistente y recubierta de plástico. Una inspección más detallada de la habitación reveló una pequeña

cámara de televisión montada en una esquina, con su lente gran angular configurado para cubrir el corral mientras otro vigilaba la cama. Mi ensoñación se vio interrumpida por una ráfaga de palmadas en los muslos. Jessie me empujó hacia el corral y me hizo tropezar, haciéndome caer de bruces. Luego, me sujetó la parte trasera del collar a una larga cadena soldada a una anilla en la pared. Tirando de la cadena, me volcó boca arriba y, agarrándose a las trabas, me levantó las piernas y empujó mis tobillos hacia el pecho, lo que me obligó a separar las rodillas, dejando mi entrepierna expuesta a su pie. Bajando con mucha fuerza, masajeó bruscamente la parte delantera de mis pañales sucios, rozando mi entrepierna con el talón, separando aún más mis piernas.

Tomó el biberón y me lo puso en la cara. En cuanto empecé a chuparlo, sacó los pantalones de goma de la pañalera. Me los puso delante de la cara mientras seguía con su manipulación brusca y empezó a burlarse de mí sobre lo que le esperaba a un bebé tan travieso.

“Hay algunas reglas que es mejor que sigas siempre que estés aquí:

No se permiten pantalones mojados en los muebles. Hay ciertas sillas en las que puedes sentarte con los pantalones mojados , y es muy evidente. No te sientes en ninguna otra silla si tus pantalones están un poco mojados. Te arrepentirás mucho si te encuentro en mis muebles con los pantalones mojados.

Los bebés con los pantalones sucios no caminan a menos que se les ayude. Si tus pantalones están sucios, aunque sea un poquito, gatearás. Si te ensucias demasiado, te verás confinado en tu cuna o en tu corralito.

Debes pedir permiso para usar el orinal y esperar a que alguien te ayude. Nunca dejes que te pille tocándote los pantalones, sobre todo esta mañana. Se te cambiarán según sea necesario,

normalmente después del desayuno, después de comer, después de la siesta y antes de acostarte, después del baño a las siete y media.

Te aviso, no te cambiaré un pañal muy sucio , solo te pondré más pañales encima. Tendrás que esperar hasta la hora del baño para quitarte esos pantalones a menos que te den una buena nalgada que te deje el trasero al descubierto. Para eso están estos: se ajustan incluso a los traseros más sucios y no ofrecen ninguna protección.

Ella hizo sonar los pantalones de goma en mi cara y luego comenzó a golpearlos suavemente de un lado a otro a través de mis mejillas.

Te pondremos esto para Bea. Sé que querrá darte una nalgada en cuanto llegue a casa para comer. Si está convencida de que te arrepientes como es debido, puede que incluso te limpie antes de que te vistas para la siesta. Por ahora, tienes diez minutos para terminarte el biberón; luego, te toca ponerte estos *pantalones de spandex* y ponerte sobre mis rodillas.

La observé con los ojos muy abiertos mientras cerraba la puerta de mi corral y salía de la habitación. Tenía diez minutos para terminar el medio litro que quedaba en la botella, y una clara reticencia a decepcionarla, ni siquiera en lo más mínimo. El nivel de la botella no bajaba muy rápido, aunque la chupaba con fuerza. Me estaba llenando, pero sobre todo de aire.

Sentarme para eructar me detuvo en seco. La cadena atada a la parte trasera de mi collar era tan corta que no podía sentarme tan cerca de la reja. Me di la vuelta, gateé por el arco que me daba la cadena y descubrí que los juguetes de la pared también estaban fuera de mi alcance. Un candado sujetaba la cadena a mi collar, y el otro extremo estaba firmemente sujeto a la pared. Obviamente, no debía ir a ningún lado ni distraerme mientras esperaba, así que volví a intentar vaciar el biberón.

Aún me quedaba mucho por hacer cuando entró, con un delantal de goma largo y guantes largos de goma. Al ver que aún no

había terminado, miró su reloj y, negando con la cabeza, cogió el cubo de pañales y la silla de respaldo recto y los llevó al corral. Se sentó, puso mis tobillos en su regazo, soltó la cadena de las trabas y luego me puso los pies a ambos lados de la silla.

Tras soltar la compresa y extenderla en el suelo, me ayudó a ponerme de pie, subiendo sobre ella. Agarrando el biberón con ambas manos, me giré primero a un lado y luego al otro mientras ella me subía la camiseta por encima de la cintura y luego, dejando los calzoncillos de entrenamiento pegados, me bajaba los pañales y los calzoncillos de plástico. Con su ayuda, me puse con cuidado los pantalones de goma y, tras mucho agacharme, hacer sentadillas y estirarme, quedó satisfecha con el ajuste. Me giró para colocarme junto a sus rodillas y alisó el último aire de mis bragas. En el proceso, la mayor parte de la suciedad pasó de mi entrepierna a mi vientre, con especial cuidado de cubrir generosamente mi erección.

Metiendo la mano bajo el delantal, sacó una paleta grande y firme, que sin duda dejaría huella incluso en un trasero bien acolchado, y más aún en unos pantalones de entrenamiento empapados. De repente, me subió a su regazo y, sorprendida, se me cayó el biberón; necesitaba las manos para no caer al suelo. Metió la mano en un bolsillo lateral y sacó un chupete que me puso en la cara. Tras unos últimos ajustes y alisarlo, bajó la paleta hasta mi trasero.

El resonante golpe de la pala se hizo eco de mi jadeo de sorpresa. El siguiente me sacó el chupete de la boca y la siguiente nota de este tresillo entrecortado me hizo patalear tan fuerte que me caí de su regazo. Me quedé sin aliento en el suelo mientras ella, con calma, me levantaba los tobillos y me abrochaba las trabas. Después de ayudarme a ponerme de pie, me colocó con cuidado con los pies tan separados como las trabas permitían, de pie a su rodilla derecha, frente a su hombro izquierdo. Metiendo la mano bajo el delantal, se subió la falda hasta que pudo separar las piernas casi en ángulo recto, con el pie derecho sobre la cadena entre las trabas y la rodilla entre

las mías. Tras alisar el delantal para proteger su rodilla derecha, me hizo agacharme hasta sentarme sobre él y luego me empujó hacia adelante hasta que mi pecho descansó sobre su muslo izquierdo y mi brazo izquierdo quedó enganchado detrás de la silla. Sujetándome firmemente el brazo derecho, volvió a coger la pala y la aplicó con una fuerza y un ritmo más moderados a mi trasero, que aún me escocía.

A medida que se añadía este nuevo calor, me retorecía inútilmente; la fuerza del siguiente fue ligeramente mayor que la anterior, el ritmo un poco más errático. Mis jadeos se habían convertido hacía tiempo en gemidos y, finalmente, en aullidos de angustia, antes de que se detuviera y me dejara caer bruscamente sobre mi trasero, para quedar de cara a su derecha, sentada en la almohadilla entre sus rodillas. Sacó un pañuelo de papel y me limpió la cara, me hizo sonar la nariz, luego sacó el chupete y me lo metió en la boca, que aún temblaba.

—Bueno, eso te servirá por ahora. —Mejor quédate así, así que no te muevas de esa compresa. —Se puso de pie, recogió el cubo de pañales, ahora lleno, y metiendo la mano bajo el delantal sacó una llave.

Bea terminará el trabajo y te cambiará cuando llegue a casa para comer. Como tengo que relevarla, te dejaré sola durante la media hora que lleva hacerlo. Esta es la llave de tus ataduras, pero no de tu jaula. Puedo dejarla en la silla y con la puerta abierta por seguridad o llevármela y encerrarte, lo cual es apropiado por muchas razones. La decisión es tuya.

Capítulo 3

Negándome a mirarla a los ojos, asentí con la cabeza y, tras una breve pausa, dejó la llave con cuidado en la silla y salió dejando las puertas abiertas. Al oír el portazo, me tumbé con cuidado y me di la vuelta sobre el vientre; aún me ardía el trasero, ya que tenía razón el dicho: «*No te sentarás en una semana*». Pero al darme la vuelta, me había alejado de la compresa, así que el torrente de orina caliente que pronto siguió a su marcha formó un charco junto a ella. Esperaba que Bea no se divirtiera. Mi trasero caliente y la anticipación de lo que fantaseaba que iba a pasar pronto me hicieron bombear frenéticamente mi sexo contra la sustancia viscosa atrapada entre la áspera tela de las bragas de entrenamiento y la suave piel de mi vientre totalmente depilado.

Mi pene ardía en ese ambiente hostil y pronto fue demasiado incómodo permanecer así. Con cuidado, me puse de rodillas y me di la vuelta para caer en medio del charco. Me retorcí frenéticamente, extendiendo la suciedad lo más que pude. Las largas perneras de los pantalones de goma impedían que se filtrara por las esposas; sin embargo, acostándome boca arriba repetidamente y haciendo otros movimientos, logré liberar un poco de suciedad de la cinturilla trasera. Mi ritmo se volvió aún más frenético al intentar untarla lo más posible sobre mis pantalones de goma. Estaba tan absorto que no oí entrar a Bea.

Me quedé paralizado al verla ponerse el delantal. La magnitud de mi indiscreción se filtró mientras golpeaba el pie al ponerse los largos guantes de goma. Con una risita de alegría, se dio la vuelta y salió de la habitación. Miré la llave y estaba a punto de alcanzarla cuando volvió a entrar de un salto. Entró en el corral a grandes zancadas, la recogió, me puso una capucha de goma en la cabeza y, ajustándola con cuidado, la ajustó bien. Ciego, casi sordo y

amordazado por el chupete, esperé en silencio mientras abría la cadena de la pared y me quitaba las trabas.

Se le había quitado el collar para poner el que estaba integrado en la capucha y, usándolo como correa, me metió a trompicones en la bañera y luego lo sujetó a la barra de la ducha. Sentí cómo me quitaban los pantalones de goma y luego el agua fría en los pies mientras los enjuagaban. Después vinieron los pantalones de entrenamiento y una espera mucho más larga. Finalmente, un lavado a fondo con ducha de mano y abundante jabón hirviendo me dejó sonrojada, muy limpia y temblando mientras esperaba.

Grité contra la mordaza mientras me untaban el trasero con el alcohol isopropílico, y me dieron varios azotes para que me diera la vuelta y pudiera hacerme el de adelante. Todavía me retorecía cuando empezó a ponerme los pantalones de goma, aún húmedos, y me dieron varios azotes más para que cooperara. Finalmente, me secaron bruscamente con una toalla y me llevaron a otro lugar para sujetarme a una especie de caballo, con los pies bien separados, la cintura ceñida a algo sólido, inclinada hacia delante y los brazos estirados.

Una suave caricia alisó los pantalones de goma sobre mi trasero y muslos, sin dejar ninguna arruga ni burbuja. No sé qué usó, pero a juzgar por las marcas, al menos una correa y la fusta contribuyeron a mi tormento. Me habían azotado antes, pero ni siquiera el más reciente se comparaba con lo que experimenté en esas manos expertas. Finalmente, tuvo que parar cuando mi nariz se taponó tanto de llorar que no podía respirar.

La capucha se quitó para revelar una habitación luminosa y aireada, una de cuyas paredes tenía ventanas, cubiertas por cortinas transparentes que permitían una vista privada de un jardín bien protegido, con un cenador en la esquina de los altos setos. El delantal había desaparecido, y Bea solo llevaba un corsé negro completo, medias negras sujetas a sus ligas y unas braguitas negras de goma,

tan ajustadas que revelaban que no tenía vello púbico. Bea salió rápidamente de la habitación y pronto regresó con el delantal puesto. Cuando me soltó, miré a mi alrededor con asombro. Un ojo experto podría discernir una variedad de posibilidades de sujeción; un armario abierto revelaba una ordenada profusión de equipo. Estas personas no eran ajenas a las prácticas del sadomasoquismo. De hecho, su estilo de vida estaba claramente dedicado a ello.

Mientras me soltaba las ataduras, me sujetaban de nuevo paso a paso para que no tuviera oportunidad de dominar a mi torturadora. Me devolvieron el chupete a la boca, me pusieron la capucha y me sacaron de la habitación. Treinta pasos después, me quitaron las bragas de goma y me ayudaron a subir a la mesa. Separándome las rodillas hasta el pecho, me aplicaron generosamente un ungüento calmante en el trasero y me introdujeron un supositorio. Después de empolverarme bien, me bajaron las piernas y repitieron el proceso por delante, tan bien frotado que casi parecía una paja, pero no del todo. Me ajustó un pañal limpio y me subieron las bragas de plástico hasta los muslos. Luego salió de la habitación.

Mientras ella no estaba, dejé que una cálida oleada de pasión contenida me corriera por el vientre y entre las piernas, empapando el pañal limpio y acumulándose bajo mi trasero. Me satisfizo mucho su jadeo de consternación cuando regresó, solo para irse de nuevo y volver con ese crujiente delantal de goma. Me bajó las bragas hasta los tobillos y me quitó el pañal mojado, limpiando las partes más secas. Por desgracia, no me pusieron ungüento; solo me pusieron un pañal limpio y (esta vez) doble que me mantenía las rodillas tan separadas que le costó subirme las bragas hasta los muslos. Se fue de nuevo, y cuando regresó unos minutos después, le habían quitado todas las ataduras y por fin le habían quitado la capucha.

Fue un día muy movido y me pregunté cómo sería mi vida después de él.

El fin

Si te gustó esta historia, consulta los más de 300 libros electrónicos y audiolibros de ABDL en www.abdiscovery.com.au